

Los múltiples siglos XVI: hacia una historia mundial crítica del capitalismo y la colonialidad

Por Alejandro Fernando GONZÁLEZ J.*

El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborigen, la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista.

Carlos Marx, El capital

1. Recuperar lo robado

NOS HAN ROBADO LA HISTORIA y es momento de recuperarla.¹ Nos la han robado al plantear un relato histórico que sólo enuncia desde el “mirador de los vencedores” y mistifica, oculta, la visión de los vencidos. Para recuperarla se requiere destruir y rehacer en sus propios fundamentos, ese relato al producir *otro discurso* posicionado sobre una historia desde abajo. Nos la han robado porque ese relato histórico pretende borrar de la memoria colectiva los avances *positivos* que los miles de pueblos-no-occidental-europeos han aportado a la construcción de una multiplicidad de proyectos civilizatorios. Para recuperarla necesitamos construir una historia *de raíz diversa*, que sea al mismo tiempo no eurocentrada ni heleenocentrada, es decir, que no fetichice al Mediterráneo occidental “clásico” como la cuna exclusiva de las civilizaciones mientras reduce, a todas ellas, a un único y pretendido proyecto homogéneo: la civilización noroccidental. Nos han robado la historia porque

* Profesor de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México; doctorante en el Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la misma institución; e-mail: <feralexgonzal@gmail.com>.

¹ Jack Goody, *El robo de la historia*, Madrid, Akal, 2011.

dicho proyecto homogenizador se nos ha impuesto como la *sociedad civil* blanca, patriarcal, colonialista, racista, anglosajona, de la libre competencia, del presunto “libre mercado”, que ha puesto al individuo (abstracto propietario privado) como el alfa y omega de todo hecho social y ha impuesto —aunque ya no se diga con fuerza— el modo burgués y, por tanto, realista de reproducir la vida cotidiana como el único viable, vigente y actual, relegando a todos los demás modos de vida existentes y posibles al cajón de lo “utópico”, “mítico”, “tradicional”, “exótico”, “barbárico” y “salvaje”, en suma, al cajón de lo “premoderno” y por tanto “precapitalista”.

Para recuperar la historia que nos ha sido robada se hace necesario desburguesar esa otra historia también al recuperar los otros modos, formas o comportamientos a través de los cuales podría reactualizarse la vida social, sin que éstos sean más los capitalistas modernos que hoy dominan y amenazan con suprimir a todos los demás. Por ello se vuelve necesario ampliar la mirada, tener un horizonte totalizador que nos permita captar los procesos sociales en su devenir mundial y en su entramado sumamente complejo de determinaciones y codeterminaciones. Se vuelve necesaria una mirada de historia mundial —también entendida como global— que dé cuenta no sólo de las interconexiones y simultaneidades en el tiempo y espacio planetarios, sino que al mismo tiempo pretenda dar cuenta de los fundamentos y principios que posibilitan tales relaciones. Y que, además, destruya la supuesta novedad de la “globalización” al restituirle su carácter histórico de proceso de larga duración aún no finiquitado.

Ampliar la mirada de Clío no debe hacerse de manera parcial, es decir, no debe reducirse a considerar en el relato a África, Indostán, China etc., sino también la reformulación del mismo relato histórico al fundamentar y enunciar los procesos que le dan sentido a la mundialización, algo que de suyo obliga a clarificar la función de esa entidad geohistórica que hoy llamamos América, pues es su obligada irrupción en ese proceso lo que le da consistencia al carácter mundial de la hoy considerada, por la academia del norte, *Global history*.² En otras palabras es posible hablar de una historia mundial porque existe un objeto mundial del cual puede darse cuenta y enunciar sus atributos a partir del hecho de que

² Perla Patricia Valero Pacheco, “Hacia una nueva historia global no eurocéntrica: un balance crítico”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social* (Medellín, Colombia), núm. 9 (2017), pp. 144-165.

existe una *mundialidad*. En ese sentido, en el presente artículo nos moveremos bajo el entendido de que dicha mundialidad, que debería ser por excelencia el objeto de estudio de la *World history* —Historia mundial—, empieza a prevalecer, de manera real y efectiva, a partir del siglo xvi histórico de nuestra era. A partir de dicha centuria una *mundialidad efectiva* comienza su despliegue a través de relaciones sociales, hartamente complejas como el capital, el mercado, la colonialidad, la modernidad y otras más, por lo que una historia mundial crítica debe dar cuenta de ellas.

Entonces, si la pretensión es rehacer una verdadera historia mundial que abone realmente a reapropiarnos de la historia que nos ha sido arrebatada, primero debe aclararse el lugar de nuestra América, del “otro Occidente”,³ en el marco del devenir de esa mundialidad realmente efectiva. Cuestión que nos obliga a poner las coordenadas tanto espaciales como temporales a través de las cuales dicho devenir de la mundialidad puede ser aprehendido. Tales coordenadas son, espacialmente, la apertura de la forma valor (del mercado) a través de una vía nor-atlántica-europea hacia el mar Caribe en un primer momento, para después derramarse de manera diferenciada y múltiple sobre el resto de la masa continental americana.

Histórica, que no cronológica, la otra coordenada se refiere a lo que aquí llamaremos en una primera instancia el múltiple siglo xvi. *Múltiple*, como veremos, porque son diversos y a menudo contrapuestos los discursos que han intentado apropiarse de esta dimensión temporal del devenir mundo del capitalismo moderno; *múltiple* porque en esa doble coordenada espacio temporal se juegan procesos sociales sumamente abigarrados que se desplazan quizás en la misma temporalidad pero en direcciones ora divergentes, ora convergentes, ora contrapuestas, creando sentidos e identidades diversas para los entramados sociales allí desplegados. Como veremos, *no hay un siglo xvi unívoco*, sino varios procesos sociales intrincados y contrapuestos que se enfrentan y dotan de un sentido sumamente contradictorio a la eclosión capitalista-moderna del mundo. Dentro de esa multiplicidad yace el siglo xvi americano, del cual trataremos de dar cuenta en lo que sigue. Con ello, pretendemos abonar al esclarecimiento del carácter de mundialidad de la

³ Marcelo Carmagnani, *El otro Occidente: América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*, México, FCE, 2011.

historia global, al proponer que dicho esclarecimiento debe pasar por dilucidar el significado real del siglo xvi americano. En suma, deseurocentrar (que para nosotros es también desburguesar) la historia mundial se inicia aclarando lo que el siglo xvi significa para esa mundialización.

2. *La multiplicidad del siglo xvi*

COMO hemos apuntado, la multiplicidad del siglo xvi le viene en parte de la diversidad de los discursos a través de los cuales ha sido apropiado, aunque la mayoría de ellos con un sesgo claramente eurocéntrico, pero también por la multiplicidad de los procesos sociales que le dan consistencia y sentido. Aquí primero señalaremos aquellos discursos tratando de destacar sus límites y alcances en tanto que mistificadores del siglo xvi o abonadores, según nuestro punto de vista, para su apropiación crítica y decolonial.

2.1. El siglo xvi en la “historiografía convencional”

Esa manera convencional de construir el relato histórico (desde “arriba”, noroccidental, blanca etc.) se ha difundido profusamente entre la conciencia histórica de los modernos a través de su enseñanza escolar básica (e incluso universitaria), de manuales de toda índole⁴ y de la mayoría de sus representaciones culturales (novelas, películas, pinturas etc.). El siglo xvi aparece así como un siglo heroico, aurático, de aventura, que marca el inicio de la “expansión europea”, producto de su pretendida “excepcionalidad” y del “milagro europeo”⁵ a través del orbe mundial,⁶ que signó el inicio de la “Edad moderna” y dejó atrás una Edad Media marcada por el oscurantismo, el misticismo, el irracionalismo y el anquilosamiento del espíritu humano creador.⁷ Dicha expansión está acompañada —sin

⁴ Buenos ejemplos de esos manuales que sólo ven en el siglo xvi la pura “expansión europea” producto de una “excepcionalidad” son Pedro Molas Ribalta *et al.*, *Manual de historia moderna*, Madrid, Ariel, 2000; y Richard Mackenny, *La Europa del siglo xvi*, Madrid, Akal, 2007.

⁵ Eric L. Jones, *El milagro europeo: entorno, economía y geopolítica en la historia de Europa y Asia*, Madrid, Alianza, 1994.

⁶ J.H. Parry, *El descubrimiento del mar*, Madrid, Crítica, 1989.

⁷ Así, el advenimiento de este siglo heroico de expansión europea inauguraría una nueva edad en el mundo, pero nótese cómo en la aparentemente inocua idea de “edad”, lo que se esconde y devela al mismo tiempo, es una visión del mundo que se mueve por etapas o estadios, un “etapismo” (que después será muy caro para algunos marxismos)

que en la mayoría de los casos se explicita su relación interna— por una pléyade de hitos o de grandes “sucesos”, que, como correlatos menores, de alguna manera pierden autonomía y se subordinan como meros tributarios de su “imparable cauce”. Esos hitos serían, de manera estelar, el llamado Renacimiento italiano (el *Quattrocento* y el *Cinquecento*), el “despertar” de las artes plásticas, sobre todo, y la recuperación del pensamiento clásico antiguo, que le dan centralidad a la Europa mediterránea; en el plano religioso, la célebre Reforma protestante iniciada en lo que hoy es Alemania por Martín Lutero y sus “derivas” en el calvinismo anglosajón.

El relato histórico también califica a ésta como la era de los descubrimientos, acompañada en el plano económico por el advenimiento del mercantilismo y la construcción de “nuevas rutas comerciales”, entre las cuales se encontraría, por “mero accidente”, el “descubrimiento” de América por Cristóbal Colón para la Corona española en 1492 y la circunnavegación de África por Vasco de Gama en 1499. Nótese que la entrada de América, y sobre todo América Latina, queda en este relato tan sólo como un “hecho” anecdótico, o en el mejor de los casos secundario, que se inscribe en lo que lacónicamente estos historiadores llaman “la expansión colonial”,⁸ obviando o matizando casi hasta desaparecer el hecho de que esa “expansión colonial” supuso la conquista armada y violenta de pueblos no-occidentales.⁹

Así el siglo xvi quedaba embellecido por la narrativa convencional. Para este relato, se trató de manera pura y absoluta de un siglo de oro, de renacimiento, de apertura al humanismo y al imperio de la razón, de avances tecnológicos y económicos. En suma, un *bello siglo xvi* que anunciaba las luces por venir de la “Edad moderna”. Como veremos, esta fetichización del siglo xvi será clave para la construcción del relato eurocéntrico.

En cuanto a la dimensión temporal, la narrativa convencional coloca al siglo xvi alrededor de 1453, con la caída de Constantinopla ante los turcos, por lo que queda como referencia temporal,

y, además, una teleología de la historia y un providencialismo histórico. Al respecto véase Ronald L. Meek, *Los orígenes de la ciencia social: el desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*, Madrid, Siglo XXI, 1981.

⁸ Molas Ribalta *et al.*, *Manual de historia moderna* [n. 4], p. 168.

⁹ El manual de Molas es ilustrativo al respecto; en sus más de 600 páginas no existe un apartado dedicado exclusivamente al tema de la conquista, y sólo uno a la “expansión colonial” donde el relato, escrito por Eduard Escartín, se centra en la rivalidad existente entre la Corona portuguesa y la Corona española, véase *ibid.*

lineal, que marcaría tan sólo el inicio de “lo moderno”, periodo que se extendería hasta 1789 con la llamada Revolución Francesa. Es decir, para este discurso “la Edad moderna” ya habría incluso finalizado (¡!), siendo los tiempos corrientes otra edad: la contemporánea.¹⁰ Con esta cronología queda, una vez más, oculto el papel fundamental de América Latina y del siglo xvi en cuanto tal, además de mistificado *el capital* que en realidad le da sentido a todo este proceso de construcción del capitalismo moderno. Si bien no olvidado pero sí relegado, el siglo xvi se pierde como un lacónico inicio, brillante por lo demás, para nunca jamás regresar. Pero de ello habremos de hablar en los siguientes apartados.

2.2. El siglo xvi en los marxismos

Para abrir este apartado apuntaremos sumariamente que no existe algo así como “el Marxismo” (en mayúsculas y en singular), como un solo *corpus* teórico y político, homogéneo, sistemático y coherente que podamos identificar como la doctrina y palabra de Karl Marx desarrollada por una legión de seguidores. Por el contrario, lo que en realidad existe es una “multiplicidad de marxismos”, como maneras diversas, formas distintas de apropiarse y darle sentido a la vida y obra del pensador y revolucionario.¹¹ Dentro de la gran diversidad de marxismos, existen algunos que se han preocupado por dar una interpretación histórica del devenir de la modernidad capitalista (para algunos), del devenir del modo de producción capitalista (para otros), o de la “forma social capitalista” (para otros más). Algunos de esos marxismos (que se identificaban a sí mismos como *marxismo-leninismo*), se desplegaron desde la representación estalinista (que no de Marx) de un supuesto materialismo histórico y otro dialéctico (o *diamat*), que pretendía ser la ciencia verdadera del proletariado revolucionario. Desde este *diamat* se propuso con fuerza la idea de un etapismo que pretendía “reproducir los rasgos fundamentales de la filosofía de la historia del marxismo y caracterizar las fuerzas motrices y las fases más importantes de la humanidad”.¹² Así, el desarrollo de la

¹⁰ De allí que no resulte extraño que para algunos seguidores acriticos de esta narrativa, incluso los tiempos actuales sean, por lo tanto, “los tiempos de la posmodernidad” y de lo “pos”, es decir, de la “posverdad”, de la “poshumanidad”, de lo “poshumano” etcétera.

¹¹ Sobre esta manera de considerar al marxismo como una multiplicidad véase Bolívar Echeverría, *El discurso crítico de Marx*, México, FCE, 2017, pp. 17-25.

¹² J. Momdzhíán, *Etapas de la historia: teoría marxista de las formaciones socio-económicas*, Moscú, Progreso, 1980, p. 26.

humanidad iría de un modo de producción a otro, a través de fases o etapas que estarían determinadas por “relaciones de producción” y por sus respectivas clases sociales, que se encontrarían enfrascadas en una perpetua lucha, la cual sería el motor de la historia: la humanidad iría del modo de producción del comunismo primitivo (una supuesta sociedad sin clases) al modo de producción esclavista (o antiguo), después a uno feudal para posteriormente pasar por un amargo, pero necesario, modo de producción capitalista, el cual daría paso, indefectiblemente, a un modo de producción socialista, tan sólo un tránsito para llegar a la etapa definitiva del modo de producción comunista resultado de la dictadura del proletariado y de la dirección infalible del partido. No es difícil ver en la base de esta interpretación el mito del progreso, que pone a la humanidad (así en abstracto), toda ella homogénea —compuesta únicamente por dos clases antagónicas: burguesía y proletariado—, en una dirección lineal hacia la absoluta emancipación. Desde esta representación, toda alusión al siglo xvi americano y a una historia mundial queda oculta, sino es que denegada.

Desde luego lo anterior es una terrible reducción del pensamiento de Marx, del cual no puede reconocerse casi nada. Sin embargo, ésta fue una de las maneras dominantes a través de las cuales la mayoría de los marxismos se aproximaron al problema de una historia mundial.¹³ De éste y otros enfoques contrapuestos de manera crítica, se originaron profundas discusiones teóricas que para el tema que aquí nos ocupa resultan de gran interés. En efecto, como parte de los “marxismos críticos” existió una gran preocupación por desmontar, por la vía de su fundamentación histórica, la teoría de las “etapas históricas”. Esto surgió de la necesidad de demostrar cómo es que esas transiciones se habrían dado de manera efectiva en el devenir histórico.¹⁴ Lo que resultó fue un profundo cuestionamiento a la idea de que existían modos de producción puros.¹⁵ Algunos de los participantes en aquellos debates se atrevieron a ir más allá y cues-

¹³ Por supuesto, dado que sale del horizonte planteado, obviamos toda la discusión sobre la teoría del imperialismo (principalmente de cuño leninista, no marxista-leninista) y el carácter mundial del capitalismo durante las primeras décadas del siglo pasado.

¹⁴ Hilton Rodney, ed., *La transición del feudalismo al capitalismo*, Madrid, Crítica, 1978.

¹⁵ Para estas polémicas resulta interesante consultar Paul Petit *et al.*, *El modo de producción esclavista*, Madrid, Akal, 1978; Claude Mossé *et al.*, *Clases y lucha de clases en la Grecia Antigua*, Madrid, Akal, 1977; Marc Bloch *et al.*, *La transición del esclavismo al feudalismo*, Madrid, Akal, 1976; Ruiz Rodríguez *et al.*, *Primeras sociedades de clase y modo de producción asiático*, Madrid, Akal, 1978; Elena M. Staerman, *La esclavitud en la Italia imperial*, Madrid, Akal, 1979.

tionaron la pertinencia misma de la “expresión” (*sic*) “modos de producción” para sustituirla por “formación económico-social”.¹⁶ Como resultado de esos encares críticos a la teoría del etapismo se originaron largos y fecundos debates, en su mayoría académicos, que tenían que ver con la naturaleza exacta del supuesto tránsito del modo de producción feudal al capitalista. Allí encontramos, por ejemplo, la clásica intervención de Maurice Dobb¹⁷ y su polémica con Paul Sweezy,¹⁸ así como el célebre debate Brenner¹⁹ que decantó en los debates sobre la protoindustrialización.²⁰

Casi en paralelo con estos debates, y en realidad derivado de los mismos, en América Latina los marxistas discutían sobre la naturaleza exacta del modo de producción en estas latitudes. Si éste era o no capitalista, feudal o de otro tipo. Incluso hubo quien propuso la existencia de un modo de producción propiamente latinoamericano. Todo ello ante la evidencia teórica y práctica de que los anquilosados modelos del etapismo no encajaban en la realidad de las periferias y de los supuestos sures atrasados.²¹ Esta discusión

¹⁶ Aquí el debate es sumamente intrincado y sería necesario un trabajo completo para dar cuenta de toda esa discusión. Por ejemplo, entre quienes defenderán, intentando alejarse del enfoque del *diamat*, la idea de un etapismo se encuentran Barry Hindess y Paul Q. Hirst, *Los modos de producción precapitalistas*, Barcelona, Península, 1979; un debate muy enconado, que desde diversos marxismos (por ejemplo el althusseriano) discutieron la pertinencia de dejar a un lado el concepto *modo de producción* por el de *formación económica social*, al considerar que se trataba de cosas distintas, podemos encontrarlo en Cesare Luporini *et al.*, *El concepto de formación económico social*, México, Pasado y Presente, 1978. Otros que participaron en el debate fueron Samir Amin, Immanuel Wallerstein y Andre Gunder Frank. Este último propone dejar de lado el concepto de *modo de producción* y sustituirlo por el de *sistema-mundo*, Andre Gunder Frank, *Re-orientar: la economía global en la era del predominio asiático*, Valencia, PUV, 2008. Si bien estamos completamente de acuerdo en la necesidad de cuestionar y desmontar hasta el último de sus elementos la idea de un etapismo, lamentamos que muy pocos de los autores aquí mencionados —aunque cuestionaron con agudeza las propuestas del *diamat*— regresaran realmente a la crítica de la economía política para buscar en las fuentes mismas el cómo y por qué Marx construyó ese concepto de *modo de producción*; es decir, no reconstruyeron lo que para Marx, no para el *diamat*, significaba el concepto de *modo* o de *forma*. Pero dar cuenta de ello nos llevaría muy lejos de los objetivos aquí planteados.

¹⁷ Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1999.

¹⁸ Rodney, ed., *La transición del feudalismo al capitalismo* [n. 14].

¹⁹ T.H. Aston y C.H.E. Philpin, eds., *El debate Brenner: estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Madrid, Crítica, 1988.

²⁰ Peter Kriedte *et al.*, *Industrialización antes de la industrialización*, Madrid, Crítica, 1986.

²¹ La discusión del modo de producción para el caso de la realidad latinoamericana, puede consultarse en Carlos Sempat *et al.*, *Modos de producción en América Latina*, México, Pasado y Presente, 1978.

tuvo también su correlato en las latitudes no occidentales, donde se propuso la existencia de un modo de producción asiático²² y, un poco antes, la existencia de un modo de producción despótico e incluso modos de producciones hídricos.²³

Sea como fuere, en medio de esos debates —que explícitamente dejaban de lado o soslayaban relaciones como colonialidad, centro-periferia o capitalismo-modernidad— la mayoría de los marxismos, tanto los del centro como los del sur global, descuidaron, pese a las claras indicaciones del propio Marx, la importancia del siglo xvi y de América para la construcción del capitalismo moderno mundial.²⁴ Aquí el siglo xvi sólo cuenta como un mero tránsito, un mero interregno, en el que se busca afanosamente el “eslabón perdido” entre eso que llamaron feudalismo²⁵ y capitalismo.

2.3. El desmarque del siglo xvi: los giros culturales

Si la historiografía convencional se obstinó en mostrarnos un siglo xvi refulgente, de oro, bello, que abría con gran pompa y circunstancia el inicio de la Edad Moderna y, por tanto, el inicio pleno de la historia de la *sociedad civil* que dejaba atrás las tinieblas del mito y lo irracional, algunos marxismos se empeñaron en hallar en él los “tránsitos” entre diferentes modos de explotación para “demostrar” el origen del capitalismo. Mientras tanto, la aclamada crisis de los grandes relatos y el consiguiente advenimiento del fin de la historia, de lo fragmentario y del pensamiento débil lograron, aun en contra de su desencanto declarado, que el panorama sobre el siglo xvi se abriera para lograr captarlo, pese a esos mismos

²² Roger Bartra, ed., *El modo de producción asiático: problemas de la historia de los países coloniales*, México, Era, 1975.

²³ Véase aquí el clásico y polémico Karl A. Wittfogel, *Despotismo oriental: estudio comparativo del poder totalitario*, Madrid, Guadarrama, 1966.

²⁴ Como habremos de apuntar más adelante, hubo claras y excelentes excepciones: en América Latina se habló de una teoría de la dependencia de cuño principalmente marxista, que permitió pensar críticamente las relaciones centro y periferia, así como las relaciones de sometimiento colonial. Derivado de esas discusiones, autores como Samir Amin y Andre Gunder Frank pusieron el acento en la acumulación de capital en una escala mundial y en una perspectiva de larga duración. Gracias a estos marxistas pudieron fundamentarse los trabajos de Immanuel Wallerstein, e incluso, nos atrevemos a decir, de Fernand Braudel.

²⁵ Por lo demás, habría que decir que el propio término *feudalismo* ha sido ampliamente impugnado y puesto en tela de juicio su “carácter” de modo de producción. Véase al respecto, Alian Guerreau, *Feudalismo: un horizonte teórico*, Madrid, Crítica, 1984; y algo más reciente, Lester K. Little y Barbara H. Rosenwein, eds., *La Edad Media a debate*, Madrid, Akal, 2003.

relatos posmodernos, en su dimensión total y por tanto mundial sin que se comprendiese, del todo, la importancia de su condición de posibilidad para la mundialización capitalista.

En efecto, fueron estos denominados “giros culturales” los que captaron lo que la historiografía convencional se empeñaba en ocultar: que el siglo XVI no era sólo el siglo del Renacimiento, ni sólo la alborada del reino de la razón emancipadora; fue también un tiempo oscuro y bárbaro. Paralelamente a los frescos de un Miguel Ángel o a las agudas reflexiones de un Maquiavelo, existían, detrás de las grandes construcciones arquitectónicas, hogueras que flameaban en medio de las proposiciones filosóficas humanísticas mientras consumían la carne viva de cientos de mujeres y hombres acusados de herejía y de brujería.²⁶ Los giros culturales “descubrieron” que mientras se construía una nueva cultura con miras a una civilización con pretensiones de secularización, se destruían en paralelo formas (o *modos*) populares, tradicionales, de dotar de sentido a lo social a través de tribunales y grandes inquisidores.²⁷ Así, “las hogueras y la cacería de brujas son la otra cara del humanismo, de la emergencia de un ideal universal del hombre, al tiempo que la barbarie se revela como hermana gemela de la razón”²⁸

Queda pues develada una dualidad en el siglo XVI que, de edad de oro absoluta, queda degradada a una edad de bronce o, incluso a algo más agreste, de hierro.²⁹ Esta centuria ya no es sólo la de los grandes logros científicos y descubrimientos aventureros, sino la de las guerras civiles, fratricidas e internacionales. No fue sólo el siglo de la invención de la imprenta, del timón de codaste y la letra de cambio, sino también del perfeccionamiento de la pólvora —inventada en China y llevada al extremo destructivo al convertirse en el pilar de toda una industria armamentista basada en la artillería pesada.³⁰ Así, el *homo* que surge en el décimo sexto

²⁶ Esther Cohen, *Con el diablo en el cuerpo: filósofos y brujas en el Renacimiento*, México, Taurus, 2013.

²⁷ Kurt Baschwitz, *Brujas y procesos por brujería*, Barcelona, Caralt, 1998.

²⁸ Enzo Traverzo, “Prefacio”, en Cohen, *Con el diablo en el cuerpo* [n. 26], p. 13.

²⁹ Al respecto véase el interesantísimo estudio de Henry Kamen, *El siglo de hierro: cambio social en Europa, 1550-1660*, Madrid, Alianza, 1977. Sin caer en los aquí llamados para fines prácticos “giros culturales”, Kamen da cuenta de manera exhaustiva de la unidad existente entre los siglos cronológicos del XVI y XVII, como periodos de crisis y decadencia en Europa, que sólo se verán medianamente desahogados con el expolio de las tierras del “Nuevo Mundo”.

³⁰ Jacques Lafaye, *Sangrientas fiestas del Renacimiento: la era de Carlos V, Francisco I y Solimán (1500-1557)*, México, FCE, 1999, p. 31.

siglo de nuestra era común no sería sólo el *homo ludens* o el ingenioso *homo faber* o el reflexivo y filosófico *homo sapiens*, sino junto con ellos el *homo armatus*,³¹ que usa las invenciones de los demás *homines* y los subsume para destruir al *otro* y autodestruirse. De allí que el Renacimiento, en efecto, no sea sólo oscuro, sino también tenebroso (Lafaye). De esta manera, y aunque no estamos seguros de que también lo sea para los propios hacedores de estos giros culturales, se nos develaba un siglo xvi como una *unidad contradictoria entre barbarie y cultura*, o como señalará Marx más adelante, como la unidad de miseria y riqueza que, en el siglo xvi mismo, hubiese sido imposible identificar (Traverso) del todo, pero que ahora, a nosotros, medio milenio después, nos parece clara. De allí que la visión de un Renacimiento y, por tanto, de un siglo xvi puro, como un mundo de luz y esplendor absolutos, pierde fuerza.

Sin embargo, aun cuando los giros culturales la intuyen y la hacen fetiche, esa dualidad no es suficiente para restaurar la significación que el siglo xvi contiene para la recuperación de una historia mundial. En efecto, planteada en dichos términos esa dualidad cultura/barbarie no logra captar la verdadera medida espacial de lo que acontece en esa centuria, la realidad colonial que le es inherente.

Por el contrario, para algunos autores plantados en una postura decolonial, en el Renacimiento se encuentra un lado aún “más oscuro”, como señala Walter Mignolo, una recaída más profunda en la barbarie y no un paso más hacia la cultura.³² Así, el siglo xvi quedaría señalado no sólo como una centuria de cacería de brujas y alquimistas, sino como el momento fundacional de la colonialidad y la modernidad,³³ punto importante sobre el que volveremos más adelante. Mignolo, pretende poner de relieve que la “renovación de la tradición clásica” es, en realidad, tan sólo una justificación de la expansión colonial.³⁴ Si bien no compartimos en su totalidad estas proposiciones, nos parece que ese desmarque del siglo xvi de su mito aurático prepara el terreno para su recuperación desde una historia verdaderamente global.

³¹ *Ibid.*, p. 11.

³² Walter Mignolo, “El lado más oscuro del Renacimiento”, *Universitas Humanística* (Colombia, Pontificia Universidad Javeriana), núm. 67 (enero-junio de 2009), pp. 165-203.

³³ Edgardo Lander, comp., *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Clacso, 2011.

³⁴ Mignolo, “El lado más oscuro del Renacimiento” [n. 32], p. 167.

2.4. El siglo xvi en las historias globales

El desmarque del siglo xvi con respecto a los anquilosamientos de la historiografía convencional que lo caracterizan sólo como un bello siglo, es el inicio para recuperar una historia mundial no eurocéntrica, pero únicamente eso, un inicio. Aunque señala la *dialéctica renacentista* barbarie/cultura al reconocer sus lados “oscuros” o “más oscuros” y la colonialidad que le es inherente (Traverso), no es suficiente para captar la importancia de la apertura del Atlántico-Caribe a la forma valor, es decir, la apertura y construcción de un mercado realmente mundial. Para ello serán necesarios los enfoques de una historia mundial en cuanto tal, pero también los esfuerzos paralelos de la teoría del sistema mundo, de la larga duración y principalmente los aportes teóricos de la filosofía de la liberación, así como los elementos fundamentales de la crítica de la economía política de Karl Marx. Como veremos, la historia mundial (*World history*) o global (*Global history*)³⁵ enunciada desde el norte, en tanto que aún no logra desprenderse del todo de su eurocentrismo, no logra del todo la restitución del siglo xvi en su plenitud.

2.4.1. El siglo xvi diluido en la *World history*

Aunque saludamos con entusiasmo la clara tendencia entre las academias del norte global a hablar y pensar desde una historia mundial que de manera no confesa, pero si manifiesta, trata de contrarrestar por lo menos doscientos años de historiografía eurocéntrica, pensamos que en estos intentos por ampliar la mirada de Clío y alcanzar —con la intención de no caer de nueva cuenta en orientalismos— a Indostán, al África subsahariana, a China, a Filipinas etc., se corre un gran riesgo. Y éste es que el siglo xvi americano, en tanto que origen del capitalismo moderno, de la modernidad, de la colonialidad y de la mundialidad efectiva (que dice ser el objeto de estudio de esta *World history*), pueda de nueva cuenta quedar diluido y difuminado en su inclusión.

³⁵ Resulta muy interesante observar cómo los autores de la historia mundial del norte global (e incluso sus traductores al castellano), utilizan indistintamente la idea de “global” o “mundial” como si fueran términos intercambiables, cf. trabajos como el de Peter N. Stearns, *Una nueva historia para un mundo global: introducción a la “World History”*, Madrid, Crítica, 2012. Sobre la ambigüedad del término véase Valero Pacheco, “Hacia una nueva historia global no eurocéntrica” [n. 2].

En esta nueva necesidad de pensar tiempos históricos, grandes escalas, simultaneidades e interconexiones, lo específico y singular de las relaciones sociales que producen tales determinaciones no deberían perderse en el macrorrelato. Así, por ejemplo, las propuestas de pensar una *Big history*³⁶ (que siempre van de la mano de las apuestas por una *World history*) —que trata de dar cuenta del despliegue humano como un momento más en el desarrollo del cosmos en su totalidad, lo dimensionan en su materialidad y aparente finitud al colocarlo en escala cósmica conjuntando historia humana e historia natural— no permiten captar singularidades, por ejemplo las del siglo xvi, una singularidad sí, pero de escala mundial. Algo parecido sucede con la *Deep history*³⁷ (otra propuesta que va de la mano de la *World history*) que trata de construir la historia distante de la especie humana recurriendo a investigaciones antropológicas, arqueológicas, evolutivas, primatológicas, genéticas y lingüísticas con el fin de escribir una narrativa común sobre los orígenes de la especie humana. Es tan profunda o general que desde allí difícilmente podrían reconstruirse las especificidades del siglo xvi en su mundialidad. De tal suerte que, como hemos apuntado al inicio del presente trabajo, para recuperar la historia que nos ha sido robada, es necesario contar con una historia mundial, pero también es patente que no puede ser de cualquier tipo, sino que tiene que ser crítica y decolonial, atender a lo general y global sí, pero al mismo tiempo observar lo particular y singular; de lo contrario el siglo xvi, en su compleja multiplicidad e importancia para el desarrollo del modo de producción capitalista que cambió para siempre la historia de la humanidad, se nos desvanece.

2.5. El siglo xvi desde la historia mundial crítica y decolonial

Quizás para las academias del norte global sea una novedad la perspectiva de una mundialidad que les sirve para contrarrestar siglos de historiografía eurocéntrica, todavía no sabemos del

³⁶ David Christian, *Mapas del tiempo: introducción a la “gran historia”*, Madrid, Crítica, 2010; Fred Spier, *El lugar del hombre en el cosmos: la gran historia y el futuro de la humanidad*, Madrid, Crítica, 2011.

³⁷ Andrew Shryock y Daniel Lord Smail, *Deep history: the architecture of past and present*, Berkeley/Los Angeles, University of California Press, 2011.

todo con qué éxito (hacen falta los balances críticos pertinentes). Quizás tal “impresión” de novedad se deba a la representación propagandística que se lanzó a los cuatro vientos en la década de los noventa del siglo pasado, al inicio de una globalización y supuesto surgimiento de una “aldea global” por fin interconectada por la cada vez más compleja “sociedad de la información”, todo ello producto del derrumbe del “bloque del socialismo real”. Sin embargo, la necesidad de una perspectiva mundial podemos verla de manera explícita dentro de los encares críticos desplegados desde los márgenes, incluso desde sus mismos orígenes, lo que repercute en otras maneras de apropiarse del siglo *xvi* y de la temporalidad y espacialidad en cuanto tal, asunto que aquí nos ocupa.

Por ejemplo, ya desde la perspectiva de la crítica de la economía política de Karl Marx, el modo capitalista de reproducir lo social debía tener como parte de sus determinaciones esenciales la mundialidad, sin la cual lo que llamamos capitalismo carecería de sentido tanto lógico como histórico. A pesar de ser abundantes los señalamientos de esa mundialidad por parte de Marx, para gran parte de los pensadores adscritos a una posición crítica marxista pasaron desapercibidos. Afortunadamente no para todos.

En efecto, como resultado de las particularidades específicas de lo realmente existente, en los márgenes o periferias de ese capitalismo siempre mundial, pensadores agudos y críticos como José Carlos Mariátegui apuntaron la inadecuación de los enfoques presuntamente marxistas de los etapismos ya discutidos arriba, pues los mismos, dado su inherente eurocentrismo y progresismo, no captaban ni daban cuenta de la especificidad latinoamericana. Esta singularidad no se constreñía al abstracto y estrecho enfoque de una sociedad de puros proletarios enfrentados a puros capitalistas. La realidad desde los márgenes exigía dar cuenta precisamente de sus singularidades: que aquí había no sólo campesinos sino además pueblos originarios, multiétnicos, arraigados fuertemente a sus usos y costumbres no modernas, no capitalistas y que de manera genérica y eurocéntrica se denominaron —desde el siglo *xvi*, por cierto— “indígenas”. Además de esto, su condición de explotados no correspondía con lo que el canon ortodoxo señalaba. Aquí se viven otras formas de explotación y sometimiento que no se dan en los centros: las coloniales. De allí que algunos hablaron de un “modo de producción capitalista deformado”, “modo de producción latinoamericano” y argumentaron que lo que existía en América era un “modo de producción feudal”, quizás “asiático” o “neofeudal”,

como vimos en el apartado anterior. Es decir, se abrió una disputa por dar cuenta, desde esa mundialidad (a veces denegada, cierto, pero muy a menudo afirmada, sobre todo por el carácter siempre internacionalista al que se adscribía ese pensamiento crítico), de la especificidad de los márgenes, en este caso de los márgenes latinoamericanos.

Ello llevó también a proposiciones *desde enfoques no críticos* acerca de la existencia en estas latitudes de una sociedad civil atrasada (pues en la mayoría de los casos evitaban usar el vocablo “capitalista” por considerarlo altamente “ideologizado”), que mediante la aplicación de políticas económicas y sociales adecuadas saldría del atraso y llegaría al desarrollo que los países avanzados parecían disfrutar.³⁸ Se trataba —y lo vemos hoy a todas luces— de un enfoque que olvidaba no sólo la visión mundial de la relación sino la dialéctica que producía —por una parte un supuesto subdesarrollo en el sur y, por otra, el desarrollo en el norte—,³⁹ además de no poder dar cuenta del origen lógico e histórico de ese supuesto atraso.

Habrá que esperar a los encares críticos, y desde un marxismo latinoamericano, que tal teoría del desarrollo y del subdesarrollo habrá de enfrentar para comenzar a construir una historia mundial que retome los señalamientos de Marx.

En efecto, los contraataques de un pensamiento crítico marxista latinoamericano a los postulados “desarrollistas” de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) motivarán la construcción de una teoría marxista de la dependencia.⁴⁰ Toda una pléyade de autores (Enzo Faletto, Vania Bambirra, Ruy Mauro Marini, Andre Gunder Frank, entre otros) teorizarán de manera original y novedosa sobre la dialéctica entre centro y periferia, que resumida en rasgos muy toscos y generales estableció la necesidad inmanente, contradictoria y, por tanto dual, del modo de producción capitalista de generar en simultaneidad un centro y una periferia. Allí, el centro (que se presenta como países desarrollados, del norte, centros civilizatorios, metrópolis, Primer Mundo etc.) de las relaciones de poder fundamentadas por la acumulación de capital (en

³⁸ Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, Siglo XXI, 1970.

³⁹ Además, recordemos que dicha discusión fue desplegada en el marco de la Guerra Fría que dividía al mundo en un supuesto Primer Mundo, otro segundo (socialista) y un Tercer Mundo (“atrasado”) etcétera.

⁴⁰ Véase Jaime Osorio, *Teoría marxista de la dependencia*, México, Itaca/UAM-Xochimilco, 2016.

tanto que centralización y concentración de capitales) genera como condición de su propia existencia la conformación de una periferia (que se presenta como países subdesarrollados, dependientes, del sur, o polos de producción de plustrabajo que se transfiere a los centros). Así, el centro desarrollado sólo es posible porque existe una periferia “subdesarrollada” que es puesta y al mismo tiempo pone a los centros.

Aunque es cierto que los enfoques de las teorías de la dependencia son muy diversos (e incluso en algunos puntos contrapuestos),⁴¹ también lo es que los esfuerzos de los hoy llamados “dependentistas” pusieron las bases para pensar la naturaleza moderna de lo que hoy llamamos América Latina, desde la visión de un capitalismo mundializado en sus mismos orígenes y, además, sentaron las bases para pensar desde los márgenes la dialéctica entre colonialidad y colonización.⁴² Así, para pensar correctamente la condición de subdesarrollo de América Latina era necesario pensar el origen lógico e histórico de lo que llamamos capitalismo, pues si era cierto que la propia acumulación de capital, en su despliegue mundial (y no sólo regional o nacional etc.), producía, en simultaneidad, su propio centro y su propia periferia, esta doble producción sólo podría ser aprehendida desde una perspectiva mundial y de larga duración. De allí que, por ejemplo, tanto un Andre Gunder Frank⁴³ (en un primer momento, pues después cambió radicalmente su postura), como un Samir Amin,⁴⁴ a partir de pensar la dialéctica de la dependencia pensaron la acumulación de capital a escala mundial (incluso mucho antes que la *World history* fuera una “moda” en las academias del norte).

Todos esos esfuerzos teóricos serán decisivos al momento de pensar una historia mundial crítica, decolonial y que restituya al siglo XVI americano al lugar que le corresponde en la construcción de esa misma mundialidad. Por eso los esfuerzos para construir

⁴¹ *Ibid.*

⁴² Aunque también es cierto que el maestro Enrique Dussel ha demostrado que la teoría de la dependencia se encuentra ya formulada en el propio Karl Marx, siendo ésta fundamental para un encare decolonizador, cf. Enrique Dussel, *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*, México, Siglo XXI, 2007.

⁴³ Andre Gunder Frank, *La acumulación mundial, 1492-1789*, México, Siglo XXI, 1979.

⁴⁴ Samir Amin, *La acumulación a escala mundial: crítica de la teoría del subdesarrollo*, México, 1974; y del mismo autor, *Los desafíos de la mundialización*, México, Siglo XXI, 1997.

la teoría del sistema mundo, de las economías mundo o de los sistemas regionales se han visto, de manera directa o indirecta, influidos por los esfuerzos de las teorías de la dependencia, y lo mismo puede decirse para las muy diversas teorías poscoloniales subalternas (Said, Guha, Spivak, Mbembe etcétera).

De esta manera, pensar la naturaleza dependentista y, por tanto, colonial o subdesarrollada de América Latina (y de los márgenes en general), obligó a pensar el capitalismo en su naturaleza, como centro desarrollado, extractivista y también colonialista. Pero todo ello sólo tendría sentido pleno, lógica e históricamente, en cuanto se reconociera el nivel mundial y por ende global del propio capitalismo, en tanto hacedor, en simultaneidad, del centro y de la periferia. Quedaba entonces, entre los múltiples pendientes teóricos abiertos, señalar el origen de esa mundialidad, temporal y espacialmente. *Es allí donde el siglo xvi americano cobra toda su vigencia.*

Tema por excelencia de los estudios latinoamericanos, la pregunta por la naturaleza exacta de América Latina, por su identidad, por su singularidad y al mismo tiempo por su significado para la construcción del mundo contemporáneo, tendrá un nuevo y gran impulso en 1992 con el quinto centenario del así llamado “descubrimiento de América”. Si bien la conmemoración (celebración para otros) de esta fecha estuvo llena de debates y confrontaciones con discursos provenientes de todos los campos y posiciones teóricas, logró (independientemente de la voluntad de alguno de sus autores) poner de relieve tres cuestiones: el significado real de eso que hoy llamamos América (y no sólo América Latina), el carácter mismo del acontecimiento acaecido en 1492⁴⁵ (conquista, descubrimiento, encuentro, encubrimiento etc.) y el carácter mundial de todo lo anterior. Es decir, colocó el cuestionamiento del siglo xvi en todas sus significaciones.

Por estos años el llamado Grupo Modernidad/Colonialidad⁴⁶ (que puso el acento en la relación inmanente entre modernidad-capitalismo-colonialidad), colocó las bases para recuperar el siglo xvi en su significación histórica mundial (lo que implica destruir la representación de que se trata sólo de un siglo europeo, medite-

⁴⁵ En esta discusión es obligada la referencia al clásico de Edmundo O’Gorman, *La invención de América*, México, FCE, 1958. Si bien es cierto que su trabajo data de 1952, también lo es que en las “conmemoraciones” de 1992 fue de nueva cuenta puesto en la palestra, siendo el centro de muchos de los debates por entonces celebrados.

⁴⁶ Lander, comp., *La colonialidad del saber* [n. 33].

rráneo, o de manera aún más reduccionista, italiano) o, lo que es lo mismo, como el momento fundante *de esa mundialidad en su modernidad* (y por lo tanto su colonialidad inmanente).

En efecto, si restituimos el siglo xvi de manera no eurocéntrica, tal y como ya lo ha subrayado el maestro Enrique Dussel, estamos restituyendo al mismo tiempo el papel de la España católica imperial⁴⁷ en los intentos de fundar otra modernidad en América Latina (vía los franciscanos primero y los jesuitas después) y en la conquista de los pueblos originarios, pero también su enconada resistencia y la construcción de un mestizaje que dotará de una identidad diversa a los pueblos que habrán de emerger de esa gran hecatombe. Sin embargo, es importante hacer notar que no sólo estamos restituyendo a nuestra América Latina dentro del relato de la historia mundial, sino además colocamos las coordenadas para recuperar la historia del desarrollo mundial capitalista. Pues es América la que, con su obligada irrupción, inaugura la modernidad capitalista y por tanto la colonialidad moderna (capitalista) sobre toda la ecumene.

3. El siglo xvi en la crítica de la economía política de Karl Marx

QUIZÁS sea una sorpresa sólo para esas academias del norte global —descubridoras en tiempos recientes de la importancia de los estudios mundiales (o globales como también los califican), de los estudios comparados, de las interconexiones y las simultaneidades— que el pensamiento crítico, cuando se ha dirigido a dar cuenta de los fundamentos mismos de la sociedad civil moderna, y por eso contemporánea, lo ha hecho siempre desde un encare mundial, pues identificó sus orígenes históricos en la encrucijada civilizatoria global que hoy entendemos como el siglo xvi.

⁴⁷ Aun cuando esto implique, como también lo apunta Dussel, el rescate del otrora imperio español que a través de varias leyendas negras fue relegado de esta misma historia. Y no es que sea nuestro mayor interés restaurar las genealogías de imperios conquistadores, sino que al borrar a España de la historia se borra también el papel fundante de América Latina. Aunque aquí habría que tener los mayores cuidados, pues tal recuperación también puede hacerse por la vía de la derecha, el conservadurismo y la monarquía. Ejemplo de esto último es el trabajo de Franco Cardini y Sergio Valzania, *Las raíces perdidas de Europa: de Carlos V a los conflictos mundiales*, Madrid, Ariel, 2008. Sin esconder su “ultranacionalismo” monarquista, los autores buscan reivindicar el pasado civilizador del otrora imperio de la monarquía universal y minimizar la barbarie imperialista que significó la colonización del Nuevo Mundo.

Así, por ejemplo, Wallerstein apunta que es en el siglo xvi (para él de larga duración) en el marco de una economía-mundo europea, que el moderno sistema mundo tiene su origen y punto de partida.⁴⁸ Además de que para él se trataría no de uno, sino de dos siglos xvi. El primero marcaría la hegemonía de la Corona española que no puede devenir sistema mundo y sólo se configura como un efímero “imperio mundo”. Mientras que el segundo sería el de la hegemonía holandesa, que finalmente sucumbiría a la hegemonía atlántica del naciente imperio británico.

Es Dussel el que más ha insistido en nuestras latitudes, y sistematizado estudios al respecto, sobre la importancia del siglo xvi, ya no sólo español u holandés como en el caso de Wallerstein, sino de un siglo xvi propiamente latinoamericano.⁴⁹ Pues es sólo con la conquista o encubrimiento del otro, iniciada en 1492 por el *ego conquiro* español,⁵⁰ que dan comienzo, en tándem, la modernidad y la colonialidad.

Pues bien, todo ello aparece también y de manera diáfana en la obra de Karl Marx, cuya crítica de la economía política será el punto de partida para una recuperación de la historia que nos ha sido robada. Y esto es significativo, porque los autores arriba citados dicen continuar y desarrollar críticamente el trabajo emprendido por el pensador de Tréveris.

Como ya se señalaba antes, para Marx es condición *sine qua non* que eso que hoy llamamos capitalismo (y que él nombraba *modo de producción capitalista* o *modo moderno de producir*, o bien *sociedad civil*, *sociedad burguesa moderna* o *producción burguesa*),⁵¹ tenga desde sus orígenes mismos la medida y cualidad de lo mundial. Y tal medida, apunta Marx, sólo se logra en el siglo xvi. Así lo expresa muy al principio del capítulo 4 de su obra más importante, *El capital*, justo cuando explica a sus lectores cómo es que la mercancía, ese objeto aparentemente trivial y cotidiano para todos los que vivimos en el capitalismo moderno, deviene dinero y como éste, que es un equivalente general, deviene capital.

⁴⁸ Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, México, Siglo xxi, 2003.

⁴⁹ Enrique Dussel, *1492, el encubrimiento del indio: hacia el origen del “mito de la modernidad”*, México, Cambio xxi, 1994; del mismo autor, *Política de la liberación: historia mundial y crítica*, Madrid, Trotta, 2007; *Ética de la liberación: en la edad de la globalización y de la exclusión*, Madrid, Trotta, 1998.

⁵⁰ Dussel, *1492, el encubrimiento del indio* [n. 49].

⁵¹ Karl Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política/1857*, México, Siglo xxi, 1989.

Citémoslo:

La circulación de mercancías es el punto de partida del capital. La producción de mercancías y la circulación de mercancías ya desarrolladas, el comercio, constituyen las premisas históricas bajo las que nace el capital. El comercio mundial y el mercado mundial abren en el siglo xvi la historia de la vida moderna del capital.⁵²

De la cita anterior podemos destacar lo siguiente: Marx inicia su argumentación de la transformación del dinero en capital con una anotación lógica:⁵³ la circulación de mercancías es punto de partida del capital. Es una notación lógica porque desde ese punto de vista el concepto de *capital* se construye desde la circulación, es decir el capital comienza como una “gran potencia circulatoria”, pero aún no es capital en cuanto tal (en ese sentido es un concreto no desarrollado).⁵⁴ Esa potencia circulatoria se conforma con la mercancía (de allí el análisis sobre la mercancía)⁵⁵ y, junto con ella, o más bien como consecuencia de la misma, se desarrolla el dinero (la circulación de mercancías deviene circulación de dinero).⁵⁶ La producción de mercancías es propia de las sociedades que sufren una separación entre su sistema de capacidades y su sistema de necesidades, es decir que su producción y consumo no se encuentran en unidad inmediata, sino que sólo se reúnen o religan a través de una mediación cósmica que es, precisamente, el intercambio de valores de uso, sólo y a través del intercambio de mercancía y dinero. Es por ello que incluso su actividad *ontocreadora*, es decir su trabajo, se encuentra escindido como trabajo concreto (desplegado de manera privada) y trabajo abstracto (o trabajo social o común) y, por ello, el producto de ese trabajo es también algo doble: un valor de uso y un valor, es decir, es una mercancía.

⁵² Carlos Marx, *El capital: crítica de la economía política*, México, FCE, 2014, tomo 1, p. 136.

⁵³ Lamentablemente no podemos entrar aquí en detalle sobre la manera en la que Marx despliega su método, tanto de exposición como de investigación, y como éste sigue dos movimientos simultáneos e inseparables que tratan de dar cuenta de la inmanencia de su objeto de estudio en su devenir temporal, es decir, tanto de manera lógica como histórica. Sin omitir los grandes debates y desacuerdos que existen sobre el particular, una buena exposición al respecto se encuentra en Jindřich Zelený, *Dialéctica y conocimiento*, Madrid, Cátedra 1982, pp. 52-81.

⁵⁴ Para lo “concreto no desarrollado” como concepto véase Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política* [n. 51], p. 52.

⁵⁵ Por supuesto, nos referimos al capítulo “La mercancía”, Marx, *El capital* [n. 52].

⁵⁶ Capítulo 3, “El dinero o la circulación de mercancías”, *ibid.*, pp. 115-178.

De allí que el mercado no sea solamente, según piensan los “economistas vulgares” como los denomina Marx, un mero “intercambio de bienes y servicios” o un intercambio de puros valores de uso. El mercado es algo más: intercambio de mercancías y dinero (por lo que, si no hay mercancía y dinero, puede ser que haya intercambio, pero no del tipo mercantil). De tal suerte que el intercambio de mercancías, es decir la circulación de las mismas, deviene circulación de dinero. Sin embargo, no todo dinero es capital, aun cuando todo capital sea dinero.

Es decir tanto la circulación de mercancías (M-D-M), como la de dinero (D-M-D) son necesarias en su unidad para que surja el capital. Digamos que se trata de condiciones necesarias pero no suficientes para que el dinero devenga capital; aún le hacen falta determinaciones. El sólo intercambio de mercancías por dinero y de dinero por mercancías es una circulación simple (M-D-M-D-M-D...), pero aún no es circulación mercantil capitalista. Como acota de inmediato Marx, se requiere que esa circulación de mercancías no sea sólo circulación de las mismas (simple), sino que sea, simultáneamente, su producción (y como sabrá un lector atento de *El capital* ésa no es una mera obviedad, pues para que el capitalismo retoñe se requiere que la producción social esté, tanto formal como realmente, orientada a la producción no sólo de valores de uso, sino también de valor. Es decir, para que surja el capital se requiere que también circule, de manera desarrollada, la mercancía fuerza de trabajo).

En efecto, para que devenga el capital son condiciones necesarias que exista una circulación *desarrollada* de mercancías y una circulación *desarrollada* de dinero. Aunque ambas condiciones por sí solas *no* bastan para que el capital devenga capitalismo, se requiere, pues, la presencia de la *circulación desarrollada de la mercancía fuerza de trabajo*. Lo que de suyo nos indica que la matriz productiva de la sociedad en cuestión ha sido modificada y ahora está orientada no sólo a la producción de mercancías (valor), sino a la producción de capital (más valor). ¿Pero qué implicaciones tiene esa indicación de *desarrolladas*? Significa aquí que se han desplegado todas sus determinaciones y cualidades, que están convertidas ya en un comercio, no cualquiera, *sino uno mundial* que produzca al mismo tiempo *una totalidad de intercambios*, es decir *un mercado mundial* de dinero, de mercancías y de fuerza de trabajo.

Con esa acotación se transita, según nuestro modo de ver, de un argumento lógico a uno histórico,⁵⁷ y lo que es una premisa lógica —del movimiento interno de la cosa capital— es ahora, también, una premisa histórica —temporal-espacial-evolutiva— ambas en inseparabilidad. En efecto, el mercado es el caldo de cultivo donde nacerá el capital y junto con él toda una nueva época en la historia de la humanidad. Sin embargo, no nos confundamos: el comercio mundial, es decir la construcción de un mercado mundial, es presupuesto del capital y pertenece, tal y como apunta Marx, a su historia “premoderna”, y sólo a partir de él, en tanto determinación histórica, inicia la historia moderna, o la vida moderna del capital en cuanto tal, es decir del modo de producción capitalista mismo.

Lo anterior tiene varias aristas que no podemos desarrollar aquí a cabalidad, pues para entenderlo en todas sus implicaciones se vuelve necesario distinguir entre capital, capitalista y capitalismo (como hace Fernand Braudel⁵⁸ a partir de Marx aunque sin citarlo). El capital es el sujeto a observar, precisamente en su devenir sujeto en cuanto tal⁵⁹ (proposición tan difícil de captar y comprender tanto para algunos historiadores como para los economistas vulgares). El capital, como relación social que Marx califica de autonomizada desde los *Grundrisse*, tiene una sola pulsión: la de incrementarse y reproducirse a sí mismo (valorizarse), en tanto que riqueza universal abstracta, sin límite alguno. El capitalista en tanto que sujeto concreto, individuo que pertenece a una clase social, es sólo un personero, una encarnación de la pulsión de acrecentarse y autoproducirse del ser del capital, que ora asume la forma de un capitalista comercial, ora la de un capitalista usurario, ora, aunque hoy en menor medida, la de un capitalista industrial. Mientras que el capitalismo, o modo de producción capitalista, como propiamente lo llamara Marx, es el devenir totalidad, es decir, sistema social del capital que, en tanto sujeto, determina y dota de sentido a toda

⁵⁷ De acuerdo con la dialéctica de lo lógico y de lo histórico estos aspectos o dimensiones de la cosa misma pueden o no coincidir, es decir que lo que es primero lógicamente no lo sea históricamente y lo que es históricamente primero no lo sea primero lógicamente etc. Lo anterior depende del objeto o de la cosa misma en cuestión, véase Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política* [n. 51].

⁵⁸ Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo*, 2. *Los juegos del intercambio*, Madrid, Alianza, 1979, pp. 193-210.

⁵⁹ Para una excelente argumentación sobre la importancia de considerar al capital como sujeto de todas las relaciones sociales capitalistas, es muy valioso atender el trabajo del maestro Mario Robles, *Marx: lógica y capital. La dialéctica de la tasa de ganancia y la forma precio*, México, UAM, 2011.

la producción, el consumo, la distribución y el intercambio social y produce sus propias identidades civilizatorias (europeo occidental), epidérmicas (blanco), éticas (protestante-realista) etc. Es decir, el modo de producción capitalista es la manera en que todas las relaciones sociales (sí, todas), se organizan y determinan bajo el dominio del capital.⁶⁰

Tales diferencias se vuelven decisivas al momento de comprender la manera en que Marx considerara la historia mundial del capital. Pues más allá del cliché de “la lucha de clases como el demiurgo de la historia” (*sic*), en Marx está la proposición de comprender cómo es que el mundo devino capitalista. Lo cual implica reconocer que puede *haber capital sin capitalismo* (incluso sin modernidad, pero eso es tema de otro trabajo), de allí que Marx hable, como hemos apuntado ya, de una *historia premoderna del capital*, la cual consistiría en la conformación histórica del mercado (del dinero y la mercancía) y, como resultado, la formación del capital. Lo que implica, además, que podemos encontrar en tiempos *no dominados por el capitalismo* o “antediluvianos”⁶¹ como metafóricamente los llamó Marx, formas de capital que anteceden por mucho al diluvio que significará para la humanidad el advenimiento del modo de producción capitalista en su escala mundial. Así encontramos a lo largo de la historia, incluso no occidental, formas muy avanzadas de capital comercial (que no *capitalismo* comercial) y formas de capital financiero o usurario (que no *capitalismo* financiero).

Reiteremos: esto *significa que el capital en cuanto tal es anterior al capitalismo*, e incluso a la mera idea de modernidad,⁶² es decir, que el capital antecede históricamente al modo de pro-

⁶⁰ Lo cual implicaría que la teoría del desarrollo histórico del capitalismo de Marx da cuenta no sólo del fetichismo de la mercancía (que implica, entre otras cosas, que las relaciones sociales están mediadas y determinadas cósicamente por la forma valor), sino también de un fetichismo del dinero además de un fetichismo del capital, y esto último lo devela en su carácter de sujeto y dominador social. Al respecto véase el excelente trabajo de Osvaldo Fernández Díaz, *Del fetichismo de la mercancía al fetichismo del capital*, Santiago de Chile, Ideas, 2014.

⁶¹ Sobre las recurrentes metáforas teológicas utilizadas por Marx para dar cuenta del desarrollo capitalista consúltese el clásico trabajo de Enrique Dussel, *Las metáforas teológicas de Marx*, México, Siglo xxi, 2017.

⁶² Como un indicativo de que esto es así, apuntaremos (amén de desarrollarlo a profundidad en otro trabajo) que históricamente la palabra o significante “capital” antecede a la voz o significante “modernidad”. La primera surge, ya con el sentido económico que se le da ahora, alrededor del siglo xii de nuestra era común, Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo* [n. 58], p. 195; en tanto que la segunda hará su aparición sólo en el siglo xvi, Alexis Nouss, *¿Qué es la modernidad?*, México, Cruz, 2009, p. 9.

ducción capitalista mismo y a *la construcción de su totalidad*, lo que implicaría que el capitalismo es la producción de sí mismo, el resultado de su autonomización o de la enajenación misma de la relación social que le da sentido.

Así, tendríamos dos clases de historias del capital: una premoderna, que sería de la de su conformación en cuanto totalidad, su historia en cuanto construcción de su mundialidad. Y una segunda, plenamente moderna, que sería ya no la de su conformación sino la de su despliegue como totalidad mundializada.

¿Y cuándo inicia ese despliegue? Para Marx en el siglo *xvi*, que es la puerta por donde entra esa nueva y terrible alborada: la del reino mundial del capital, un cambio epocal en la historia de la humanidad. De allí que desde 1857 Marx apunte que la sociedad civil, es decir la sociedad capitalista por excelencia, en la que vivimos hoy día, se preparaba (se conformaba diremos nosotros) “desde el siglo *xvi* y que en el siglo *xviii* marchaba a pasos de gigante hacia su madurez”.⁶³

En realidad Marx pudo haber dicho que en el siglo *xvi* la sociedad civil (o capitalista) *se conformaba* al lograr su mundialidad con la conquista y el expolio de América (África y Australia incluidas) vía el mar Caribe, pues el capital por fin alcanzaba (después de un largo periplo que no podemos desarrollar aquí, pero que tiene sus orígenes en Asia) su medida atlántica y *basculeaba* (término de Braudel) la acumulación de capital del Mediterráneo a la cuenca atlántica —primero peninsular católica (Castilla y Portugal), y luego anglosajona, protestante y calvinista (Holanda y después Inglaterra). Pero no sólo eso, Marx apunta que con el expolio de América se construye el dinero mundial, es decir el oro y la plata que el mercado mundial necesita, aunque ese cuerpo del equivalente general mundializado no sólo se obtiene, como es sabido, de las minas de oro y plata latinoamericanas, sino que en la misma centuria el capital, vía los exploradores y conquistadores (que en muchos casos son indistinguibles), llegará muy pronto a la cuenca del Pacífico. Y con él, la posibilidad real de que Australia y Filipinas sean sometidas a la historia moderna de la cosa capital.⁶⁴

⁶³ Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política* [n. 51], p. 33.

⁶⁴ Sobre cómo el otrora imperio de la monarquía universal alcanzó a expandir su impulso colonialista a la cuenca del Océano Pacífico desde tiempos muy tempranos en el siglo *xvi*, resultan ilustrativos Martha de Jarmy Chapa, *La expansión española hacia América y el Océano Pacífico*, I. *Un eslabón perdido en la historia: piratería en el Ca-*

En este siglo de conformación en su mundialidad tenemos, en realidad, una doble apertura del capital: por una parte a la cuenca del Atlántico, que le permite expoliar a nuestra América y, tan sólo desfasado por unas décadas, pero en la misma centuria del quinientos, vía los exploradores y conquistadores, llega a la cuenca del Pacífico, con lo cual se ponen las condiciones para que el capital se muerda la cola, ya no de manera formal sino real.⁶⁵

Así, el capital pasa de esta “preparación” (o conformación como lo señalamos aquí) en el primer siglo xvi, a dar pasos accidentados que pusieron su naciente hegemonía mundial en crisis ya en el siglo xvii (el siglo olvidado, según Bolívar Echeverría⁶⁶ o del barroco),⁶⁷ cuestión que, curiosamente Marx no menciona. Ya para el siglo xviii histórico, el capital crece a “pasos agigantados” (vía Ilustración, revolución industrial o, como él le llamará, subsunción real del trabajo bajo el capital),⁶⁸ hacia su maduración, hacia el siglo xix o *el segundo siglo xvi*.

3.1. El segundo siglo xvi

Lo hasta aquí expuesto, de manera apresurada y sumamente burda, es en realidad una proposición de Marx para construir una historia mundial, con *todas sus letras*, del desarrollo de la sociedad civil capitalista. Con “todas sus letras” porque lo que vemos en esta proposición son los elementos que hoy se consideran necesarios para esa perspectiva: la escala mundial (la doble apertura del capital a las cuencas del Pacífico y el Atlántico), los estudios comparados (las diferentes formas de reproducir que Marx observa, con respecto a la forma de producir capitalista),⁶⁹ la simultaneidad etc. Pero además

ribe, siglos xvi y xvii, México, UNAM/Fontamara, 1987; y Raúl Bazán Dávila, *Historia del Pacífico*, Santiago de Chile, Ercilla, 1956.

⁶⁵ Aunque es cierto que ese proceso de apertura al Pacífico, que se inicia también en el siglo xvi, sólo estará completo en el siglo xx, tiene momentos muy álgidos en el siglo xix cuando el capital de los estadounidenses arrebate a los mexicanos de la época California y casi la totalidad de lo que hoy se entiende como la costa oeste de Estados Unidos.

⁶⁶ Bolívar Echeverría, *La modernidad de lo barroco*, México, Era, 1998.

⁶⁷ Con respecto a la profunda crisis que el valor que se valoriza sufre en esta centuria (que algunos califican de larga), véase el trabajo de Stephen Toulmin, *Cosmópolis*, Barcelona, Península, 1990.

⁶⁸ Karl Marx, *El capital: libro 1, sexto capítulo (inédito). Resultados del proceso de producción inmediato*, Barcelona, Curso, 1997.

⁶⁹ Aparte de las diferencias que ya hemos apuntado entre *capital, capitalista y capitalismo*, Marx distingue —hace estudios comparados, diríamos nosotros— entre las

un enfoque claramente no eurocéntrico, pues Marx no piensa, por citar tan sólo un ejemplo, que el capitalismo nace en el Mediterráneo, o que es exclusivamente europeo, sino que nace en el alcance americano de las relaciones del capital.

Pero también se trata de una historia mundial doble del desarrollo de la sociedad del capital. Por una parte, y como ya se apuntó, se trata de su historia premoderna (la conformación del mercado mundial, del dinero, de la mercancía y del capital mismo que anteceden al modo de producción capitalista en cuanto tal), que no es ni moderna ni occidental. Por otra parte, es también una historia moderna del capital, la de su conformación en tanto que modo de producción planetario, que se “prepara” en el siglo xvi, crece a pasos “agigantados” en el siglo xviii y llega a su “madurez” en el siglo xix. ¿Pero qué significa esa madurez?

Por nuestra parte, como mera hipótesis de trabajo a desarrollar, nos animamos a proponer que esa madurez significaría la consolidación plena de todas las relaciones sociales dominadas por el capital, es decir, el redondeamiento (para expresarlo en términos un poco más especulativos) del capital sobre sí mismo. Es decir, de un modo de producción capitalista que ha llegado a su apogeo.⁷⁰ Y una vez que ha logrado ese redondeamiento que Marx identifica con la subsunción real y formal del trabajo bajo el capital en su plenitud, lo que sigue ya no es la conformación ni el crecimiento del mismo, sino su plena expansión por el valor de uso planetario, más allá de su geostacionamiento noreuropeo y noramericano. Su derramamiento, si se nos permite decirlo así, por toda la ecumene, como si se tratase de *un segundo siglo xvi*.

En efecto, en una carta a Engels fechada el 8 de octubre de 1858 (es decir, recién redactados los famosos *Grundrisse*),⁷¹ Marx escribe:

No podemos negar que la sociedad burguesa ha experimentado por segunda vez su siglo xvi; un siglo décimo sexto que, sí lo espero, sonará el toque de difuntos de la sociedad burguesa del mismo modo que el primero la dio a la luz. La misión particular de la sociedad burguesa es el establecimiento

formas propiamente capitalistas de reproducir lo social y las *formas no capitalistas de hacerlo*. Véase Karl Marx, *Formaciones económicas precapitalistas*, México, FCE, 1984.

⁷⁰ Werner Sombart, *El apogeo del capitalismo*, México, FCE, 1984.

⁷¹ Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador): 1857-1858*, México, Siglo XXI, 1971.

⁷² Karl Marx, *Correspondencia*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1977, p. 158.

del mercado mundial, al menos en esbozo, y de la producción basada sobre el mercado mundial. Como el mundo es redondo, esto parece haber sido completado por la colonización de California y Australia y el descubrimiento de China y Japón.⁷²

El primer siglo xvi (ése que aquí hemos intentado esbozar de manera crítica, es decir, ése que se mueve bajo la dialéctica de cultura/barbarie) significó la venida al mundo del capital en su medida mundial, es decir, la primera llegada sangrienta⁷³ del modo de producción capitalista en cuanto tal, como preparación y con todas sus premisas, necesarias como suficientes (esto es, la triple dialéctica de una circulación mercantil, dineraria, pero sobre todo, de una circulación desarrollada de la fuerza de trabajo como mercancía). El segundo siglo xvi fue la consolidación de tales premisas, es decir, *su resultado*: la construcción de un mercado mundial en plenitud (¿y quién podría negar que hoy estamos viviendo en ese resultado?), que es al mismo tiempo la sociedad burguesa (o civil)⁷⁴ en toda su madurez, lo que significa que todas las determinaciones que esa sociedad burguesa puede desplegar están ya puestas y listas para derramarse por todo el planeta, de tal suerte que no quede un solo espacio social que no esté dominado (ya sea de manera formal o real) por la dinámica del valor que se valoriza, es decir, del capital que produce ganancias y con ellas se produce a sí mismo. Pues bien, ese segundo siglo xvi *no es otro que el siglo xix cronológico*. En efecto, no por nada, muchos pensadores sostendrán que el siglo xix es el siglo moderno por excelencia, el de la modernidad pura. Nosotros diríamos que el xix es el siglo capitalista por antonomasia, el que ve surgir el sometimiento de toda la producción y

⁷³ Recordemos aquí, rápidamente, la famosa cita del capítulo xxiv de *El capital*, “La llamada acumulación originaria”, donde después de dar cuenta de manera histórica (y ya no lógica) de los expolios y despojos que *toda acumulación de capital implican*, al final de su argumentación sobre el origen del capitalista industrial, Marx sentencia: “el capital [en el siglo xvi] sale del vientre materno chorreando sangre y ceno de la cabeza a los pies, por todos los poros”, Marx, *El capital* [n. 52], p. 678. Esa afirmación —y otras más que nos abstenemos de citar— deberían abonar al derrumbe del prejuicio de que Marx posee una visión “progresista de la historia”. Es decir, Marx, no tiene una visión legendaria del siglo xvi, no piensa que éste sea el “bello siglo xvi” antes citado, sino que lo observa en la plenitud de su contradicción, como una dialéctica, dirá el mismo, entre riqueza y miseria.

⁷⁴ Que esta sociedad es al mismo tiempo la construcción de un mercado mundial, es palpable en los muchos eufemismos utilizados en la actualidad para referirse a ella: sociedad de mercado, sociedad de libre empresa, sociedad de la información etcétera.

⁷⁵ Ely Zaretsky, *Secretos del alma: historia social y cultural del psicoanálisis*, Madrid,

consumo al capital, el que da luz al colonialismo contemporáneo bajo la forma de su imperialismo clásico y el que, por supuesto, da sentido y cauce a la lucha y discurso que hoy entendemos como socialista y comunista.

Si bien no podemos compartir el optimismo revolucionario de Marx —al pensar que este segundo siglo xvi del capitalismo tendría que ser también el de su defunción— es cierto que el siglo xix trajo el modo de pensar y habitar la modernidad capitalista que hoy ha sido impuesta a todo el mundo, vía un mercado mundial propiamente capitalista. Es en el siglo xix, es decir, en el segundo siglo xvi, que la transición de una modernidad europea a una capitalista americana inicia su tránsito, y las formas de producción subjetivas (psíquicas y emocionales) inician su conformación definitiva al imponerse como dominante toda una eticidad realista (protestante)⁷⁵ y blanquista.⁷⁶

Sin duda, pero habrá que demostrarlo con más detenimiento en otro momento, somos los sujetos concretos de este capitalismo moderno y pleno, coetáneos de este segundo siglo xvi, en el que la segunda expansión del capitalismo aún nos muestra sus resultados inmediatos. Quedan pendientes, pues, las investigaciones pertinentes sobre la relación directa entre estos dos siglos xvi del modo de producir la sociedad bajo el imperio del capital. Sólo tomando en cuenta esta doble relación es que, pensamos, podría completarse la recuperación de la historia que nos ha sido robada, desde un encare de historia mundial.

Siglo xxi, 2004; y Peter Gay, *La experiencia burguesa de Victoria a Freud*, I. *La educación de los sentidos*, México, FCE, 1992.

⁷⁶ Bolívar Echeverría, *Modernidad y blanquitud*, México, Era, 2010.

RESUMEN

Discusión de la trascendencia de lo que se ha dado en llamar *el siglo XVI histórico* como momento fundacional del desarrollo y despliegue global de relaciones sociales que han sido aprehendidas bajo las denominaciones de *modernidad*, *colonialidad* y *capitalismo*. Revisión historiográfica de los diferentes discursos que se han apropiado de los múltiples siglos XVI. Propuesta de una lectura histórica crítica que reconstituya el lugar de América como condición *sine qua non* para el desarrollo de la sociedad capitalista moderna.

Palabras clave: eurocentrismo siglo XVI, historia cultural América Latina, memoria histórica, Karl Marx.

ABSTRACT

This paper discusses the relevance of the so-called *historical 16th century* as a foundational element in the development and unfolding of global social relations come to be known as *Modernity*, *Coloniality* and *Capitalism*. The author also provides a historiographical review of the diverse discourses that have taken over the different 16th centuries, as well as a critical historical interpretation to redefine America as a precondition to the development of modern capitalist society.

Key words: Eurocentrism 16th century, Cultural history Latin America, Historical memory, Karl Marx.